

LAS VISPERAS DEL MAGNICIDIO

COMLOTS EN DALLAS Y EN NUEVA ORLEANS

WILLIAM Attwood, ex representante de los Estados Unidos en la ONU, ha revelado en un libro publicado recientemente que en 1963, a instancias de Kennedy, participó en unas conversaciones que duraron tres meses y cuyo objetivo era una reconciliación entre los Estados Unidos y Cuba. Estas conversaciones parecían que estaban llegando a su término cuando el Presidente fue asesinado en Dallas.

Según Attwood, la iniciativa había partido de Cuba. El principal delegado cubano en la ONU, Carlos Lechuaga, había propuesto una reunión en Cuba entre los dirigentes de los dos países, en la que se discutirían las posibilidades de mejorar las relaciones entre ambos. Kennedy había aceptado la propuesta, no sin algún recelo, pero influido por su hermano Robert sugirió que era preferible que la tal reunión se celebrase en México.

Siempre según Attwood, las conversaciones preliminares que tenían a lograr la reconciliación comenzaron en septiembre de 1963, fecha que corresponde precisamente a la reunión que tuvo lugar en Nueva Orleans entre nueve conspiradores anticastristas, uno de los cuales era Oswald. En esa reunión organizó una «conspiración para asesinar a John F. Kennedy», según las declaraciones del fiscal público de aquella ciudad. Algunas fuentes cercanas a Garrison apuntan, incluso, la posibilidad de que Castro se encontrara también en la lista negra de los conspiradores.

El 26 de septiembre de 1963, Oswald, que se hallaba entonces sin trabajo, consiguió de alguna forma el dinero suficiente para ir a México. En la capital de esa nación, se presentó en el consulado de Cuba e identificándose como gran admirador del líder cubano expresó su deseo de visitar Cuba. Solicitó al efecto un visado de tránsito, indicando su intención de ir a La Habana por un corto período de tiempo, después de lo cual, según manifestó a los funcionarios, pensaba visitar la Unión Soviética. Los representantes cubanos en la capital de México mostraron gran cautela: dijeron a Oswald que no podían concederle un visado de tránsito sin una previa investigación de sus antecedentes. Al oír aquello, Oswald

Por **THOMAS BUCHANAN**

salió de la sala dando un portazo y el 3 de octubre estaba de vuelta en Nueva York con las manos vacías.

Cuatro días después, el embajador norteamericano en la ONU, Adlai Stevenson, pronunció un discurso ante los delegados de la organización. Stevenson estaba al corriente de las negociaciones emprendidas por su ayudante. Aquel discurso fue el primero destinado a preparar al público a un cambio de política respecto al gobierno cubano. El embajador declaró que se pondría fin a la guerra fría de Cuba si los dirigentes de ese país retornaban a los objetivos originales de su revolución que, según el representante norteamericano, habían sido democráticos en su día.

El discurso de Stevenson había revestido un tono moderado y en él se requería de modo familiar a los cubanos a que se independizasen completamente de los rusos si deseaban seguir siendo un Estado americano con plenos derechos, pero el abandono del gobierno cubano en el exilio que implicaba tal proyecto fue considerado por las fuerzas anticastristas como poco menos que una traición.

Por eso, Adlai Stevenson demostró gran valor cuando el 24 de octubre, designado «día de la ONU», aceptó hablar en Dallas para defender sus tesis. Generalmente, las Naciones Unidas han sido siempre blanco principal de los grupos de la extrema derecha, como la John Birch Society, cuyos dirigentes viven casi todos en Dallas. La John Birch Society anunció que celebraría su propio mitin un día antes de que llegara a Dallas el delegado de los Estados Unidos en la ONU para protestar de la política seguida en Cuba por la administración Kennedy y para abogar por una invasión norteamericana de aquel país. Este mitin tuvo lugar, efectivamente, el 23 de octubre en el mismo auditorio en el que Stevenson iba a pronunciar su discurso al día siguiente. En aquella ocasión, el principal orador fue el ex general Edwin A. Walter, quien había dicho a las tropas americanas bajo su mando en Alemania que Kennedy había actuado como un traidor y un cobarde durante la invasión de la Bahía de Cochinos,

acusación que impulsó al Presidente a decretar su expulsión del Ejército. En su discurso, Walker repitió las mismas acusaciones, instando a sus seguidores a que acudiesen al día siguiente para expresar personalmente su protesta contra Stevenson. Entre los que escucharon la alocución se encontraba Lee Harvey Oswald, quien había alquilado, a su regreso de México, una habitación en Dallas bajo el falso nombre de O. H. Lee. Oswald había empezado a trabajar hacía sólo unos días en el famoso depósito escolar de libros situado en una de las calles por las que tenía que pasar la comitiva presidencial. El propio informe Warren admite que Oswald asistió a aquel mitin de Walker, pero acepta las declaraciones de Oswald —citadas por el casero de Marina Oswald, Michael Caine— en el sentido de que el presunto asesino no compartía en absoluto los puntos de vista expresados por Walker. La Comisión decidió desestimar las declaraciones de otro testigo, citado en el «Washington Post» del 9 de diciembre de 1963, que estuvo presente en el acto en el que Adlai Stevenson pronunció su discurso. En el curso de dicha entrevista, el testigo, una mujer, declaró que al llegar al local vio a grupos de jóvenes «bien vestidos y muy bien peinados» que portaban pancartas hostiles hacia el orador. Un poco más tarde entró un nuevo grupo: «Estos —añadió— eran diferentes. Se distinguían de los primeros en que iban pobremente vestidos y no todos eran jóvenes. Me fijé particularmente en uno de ellos, un joven limpio pero muy mal trajeado. Recuerdo que pensé lo patética que resultaba su figura». Ese joven, que había acudido al acto en compañía de un grupo de adictos a la John Birch Society, a instancias de su jefe, no era otro, según la testigo, que Lee Harvey Oswald.

Cuando el embajador norteamericano ante la ONU entró en la sala, los piquetes le golpearon, le escupieron a la cara y le insultaron. Y cuando trató de pronunciar su discurso, fue interrumpido por gritos de «Stevenson morirá» y «Kennedy irá al infierno», mientras que en los pasillos otros piquetes cantaban: «Su corazón dejará de latir, latir, latir y arderá, arderá, arderá». («Newsweek», 8 de diciembre de 1963.)

Ahora bien, estas manifestaciones no eran, ni mucho menos, privativas del pro-



Cuando John Kennedy fue asesinado en Dallas se estaban celebrando conversaciones secretas entre representantes suyos y de Fidel Castro para una reconciliación política de Estados Unidos y Cuba. El delegado U. S. A. en la O. N. U. Stevenson fue encargado de pronunciar un discurso para preparar el ambiente para el cambio que iba a operarse. El magnicidio de la Dallas terminó con esta operación. En la foto aparece Kennedy estrechando las manos de Stevenson y de Lyndon Johnson.

letariado de la ciudad: reflejaban opiniones de uno de los hombres más ricos de Dallas. El Dr. Albert E. Burke, ex consejero de cuestiones educativas de la NBC, ha declarado que poco antes del asesinato de Kennedy fue invitado a la «casa, en Dallas, de un americano cuyo odio hacia los dirigentes del país y el modo de funcionar sus instituciones, era el más vicioso, venenoso y peligroso que se pueda imaginar. Al escucharle, se tenía la impresión de que la única manera de quitarles a esos traidores el gobierno era asesinandolos. Cuando le expresé mis objeciones al respecto, mi antipatía me aseguró que pensaba como pensaba porque era anticomunista».

Los dirigentes ultras no se mostraron nada reacios a organizar una acción directa. Cierta investigador me informó de que en febrero de 1963 se celebró en Dallas una reunión a la que asistieron «algunos de los hombres más importantes de Texas» y un tipo del hampa, «asesino profesional a sueldo. El objeto de dicha reunión era discutir «la posibilidad de deshacerse de Castro, de Cheddy Jagan (1) o de ambos a la vez». Uno de los participantes en aquella reunión declaró posteriormente: «Nuestro plan consistía en enviar a Méjico a algunos de nuestros hombres para que se hicieran pasar por agentes del petróleo. Allí le tenderían una trampa a Castro y nos apoderaríamos de él». Dicho testigo nombró a cierto prohombre de Dallas que «nos prometió todo el dinero que necesitásemos». Aseguró que la C. I. A. conocía y aprobaba el plan, pero que el Presidente no sabía ni una pa-

labra. Sin embargo, no encontraron a nadie que estuviese dispuesto a arriesgarlo todo para llevarla a cabo.

Según el fiscal Garrison, en Nueva Orleans se trazó también un plan semejante. Es muy significativo el hecho de que la primera persona arrestada por Garrison haya sido el adinerado ex director de una gran asociación comercial de Nueva Orleans, del mismo perfil que el de los fanáticos anti kennedianos que financiaron las actividades de la extrema derecha en Dallas.

Que dichos grupos participaron en los complots contra los dirigentes cubanos lo demuestra el testimonio, citado por mí en uno de mis artículos anteriores, y que demostraba que Jack Ruby era una especie de enlace entre el sindicato del juego y los ultras. Los «reyes del vicio» de los Estados Unidos financiaron la adquisición de armas por parte de los cubanos anticastristas con la esperanza de que el derrocamiento de Castro les permitiese recuperar sus inversiones en la capital cubana. Parte de estas armas se almacenó en lugares poco poblados del Estado de Louisiana, al que pertenece Nueva Orleans.

El 31 de julio de 1963, el F. B. I. descubrió un depósito de municiones a pocos kilómetros de Nueva Orleans, en una casa propiedad de un matrimonio que había vivido en Cuba hasta 1960 y que abandonó el país después «porque Castro les hacía la vida imposible». La Policía encontró bombas de dinamita, napalm y diversas clases de munición que, según ellos, había de utilizarse en «una operación militar contra un

país extranjero con el que los Estados Unidos están en paz».

La investigación de Garrison trata ahora de probar la existencia de lazos entre este grupo y otros conspiradores. Ya corrían rumores en noviembre de 1963 —fecha en que tenía proyectado su viaje el Presidente— de que la Casa Blanca trataba de llegar a un compromiso con el dirigente cubano. Sin embargo, aún no se sabía públicamente que la delegación norteamericana en la ONU había recibido autorización para formular las condiciones previas a una reunión entre ambos políticos.

Un día después del asesinato de Kennedy, el delegado cubano Lechuga declaró en el curso de una conversación privada con el delegado norteamericano, que había recibido instrucciones en el sentido de que debía continuar las negociaciones para una entrevista entre Castro y el sucesor del Presidente asesinado.

En su libro «The Reds and the Blacks» —«Los rojos y los negros»— William Attwood declara haber transmitido esta información a la Casa Blanca, pero añade, sin embargo, que el principal consejero de Johnson, McGeorge Bundy le dijo que aquellas negociaciones «probablemente se interrumpirían durante algún tiempo» —que fue, precisamente, lo que ocurrió—.

Como el hombre más directamente relacionado con las proyectadas negociaciones, Attwood, no pudo conservar su puesto en las Naciones Unidas, Lyndon B. Johnson le nombró embajador en Kenya.

(1) Dirigente progresista de la Guayana ex británica.